

No tan golpeados como en 2009, pero menos competitivos ¹**Jorge Vasconcelos**jvasconcelos@ieral.org

A nivel global, la economía de 2012 tendrá menos crecimiento que en 2011, por obra de la desaceleración China y la recesión europea, pero parece que se podrá evitar una contracción como la registrada en 2009, cuando los precios de las materias primas cayeron entre un 15 y un 25 %. En el país, el impacto de la sequía es grave, pero el daño mayor se registra contra lo que se proyectaba cosechar en 2012, siendo más acotado cuando se compara con 2010/11 (el saldo negativo es fuerte sobre el bolsillo de los chacareros, pero no tanto sobre las cuentas nacionales). En ambos aspectos, este año podría ser atravesado en términos económicos como un "mal menor". Sin embargo, hay una diferencia importante con 2009 en variables claves vinculadas con la competitividad. Los costos laborales en dólares de la industria superan en un 40 % el promedio 2008/09 (corregidos por productividad) y, en aquel momento, el gobierno no tuvo temor en dejar que el tipo de cambio buscara un valor de equilibrio, mientras que en el presente se intensifican los controles cambiarios y del comercio exterior, lo que está contraindicado para la competitividad y el nivel de actividad.

Del cóctel de variables a considerar, surge para la Argentina un escenario 2012 de desaceleración del nivel de actividad, pero no de recesión, como fue el caso de 2009, cuando el PIB cayó 3 % luego de haber crecido algo más de 5 % en 2008, según estimaciones privadas. En el presente, el cambio de andarivel es más moderado, desde un crecimiento cercano a 6 % en 2011 a uno en torno a 3 % este año. En forma

¹ Nota publicada en el diario La Voz del Interior el 19 de febrero de 2012



esquemática, podría descomponerse esa desaceleración de 3 puntos porcentuales del siguiente modo:

- 1 punto porcentual por el impacto externo, que se expresa a través de menores precios promedio y de la merma del ritmo de crecimiento de la demanda de exportaciones del sector industrial.
- ½ punto porcentual por el fenómeno climático que, como se subrayó más arriba, es grave cuando se coteja con lo que podría haberse cosechado en 2012 (10 % de merma en soja), pero es menos significativo cuando se compara con 2010/11.
- 1 ½ punto porcentual por el efecto de la política fiscal (retiro de subsidios) sobre la demanda agregada y, sobre todo, por los cuellos de botella y eventual freno a inversiones derivados de las restricciones cambiarias y al comercio exterior (el impacto negativo sería creciente en el tiempo en la medida en que este esquema persista).

El temor a una desaceleración brusca puede haber activado algunos mecanismos defensivos en el seno del gobierno. Así, la tasa de interés, que había llegado a 23 % anual en noviembre pasado, ha descendido en las últimas semanas hasta un nivel inferior a 15 %. Este recorrido, por acción u omisión, ha sido alentado desde el propio Banco Central.

En la medida en que las autoridades puedan mantener la tasa de interés un buen tiempo por debajo de la inflación esperada, esto ayudará a ponerle un piso a la desaceleración de la demanda de bienes de consumo. Sin embargo, una política de estas características tiene daños colaterales. En general, el piso de la tasa de interés depende de las expectativas de devaluación del peso que predominan entre los agentes económicos. Pero ocurre que, dada la existencia de controles que mantienen reprimida una parte de la demanda de moneda extranjera, junto con el tipo de cambio oficial ahora convive el llamado "paralelo". Y es la brecha entre ambos la que comienza a dictar las expectativas de devaluación. Para colmo, el marginal es un mercado volátil y de volúmenes acotados, por ende, más impredecible. Si las autoridades, por temor a la desaceleración de la economía, intentan forzar hacia abajo el nivel de la tasa de interés, luego del efecto inicial positivo a continuación puede darse un movimiento alcista sobre el tipo de cambio llamado paralelo. Y mientras mayor sea la brecha, más riesgos se corren de un goteo de divisas en detrimento del mercado oficial. De modo que puede aparecer un conflicto entre dos objetivos caros al gobierno: mantener bajas las tasas de interés para estimular la



demanda versus seguir alimentando el mercado oficial de cambios para sostener las reservas del Banco Central.

En realidad, todas estas disquisiciones sobre la escasez de dólares serían innecesarias si nuestro país pusiera en movimiento los enormes activos externos que dispone, sólo que en manos del sector privado, estimados en un número que multiplica por cuatro el volumen de las reservas del Banco Central. Esta opción, por supuesto, requiere de una caída sostenida de la prima de riesgo país.

Y, en cuanto a los flujos de divisas, en algún momento de 2012 debería llegarse a la conclusión que no tiene sentido seguir restringiendo las importaciones, con el potencial que tiene la Argentina para generar dólares de comercio exterior por el lado de las exportaciones. Nuestro país representa el 0,5 % de las exportaciones mundiales, guarismo que se ha mantenido estable a lo largo de las últimas dos décadas. Existen condiciones para proponerse, en un quinquenio, aumentar la participación a 0,6 % del total. Con eso, de los 84 mil millones de dólares exportados en 2011, podríamos estar llegando a casi 160 mil millones de dólares en 2016, dada la previsible tendencia del comercio mundial en los próximos años. Pero lograr esa performance requiere dejar de pensar en forma defensiva y pasar a tomar decisiones en función de una estrategia de crecimiento que se apoye en avances sostenidos de competitividad y de inserción externa.